

Homenaje a Mariano Ruiz Funes García*

RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Un verdadero académico conjunta muchas experiencias y vivencias, diría yo existencias, que con armonía lo distinguen. Un verdadero jurista, criminólogo, académico, revela en sus libros, conferencias y clases un cúmulo de cosas que juntas le dan la distinción universitaria, distinción que es una categoría del espíritu modelado por la cultura y el conocimiento. Del eminente murciano Mariano Ruiz Funes García yo rememoro esta tarde aquéllas cosas que han dejado en mí la impronta de la revelación.

Lo veo, lo evoco, envuelto en un torbellino de elocuencia. La pasión lo crispaba. Era yo apenas un estudiante de secundaria y la República Española había sucumbido. Mi padre, dolido en su esencia intelectual y moral, hijo de español, licenciado y doctorado en la Universidad Central de Madrid, casado con española, que fue mi madre, decidí ayudar a sus familiares políticos, condiscípulos, maestros, lacerados por el dictador Franco, para que vinieran a México. En mi casa, por ejemplo, recibíamos periódicamente cartas de mi tío José Rivas Penedas. En el sobre, en la parte superior izquierda, se leía en temblorosa caligrafía y ordenado por el poder omnímodo de la dictadura: “¡Viva Franco, caudillo de España por la gracia de Dios!”. Y con mi tío, herido de muerte en su cuerpo, un día llegaron a Veracruz varios refugiados españoles con el peso a cuestras de la trágica guerra civil española. Del barco Niaza descendieron por las escalerillas el poeta José Rivas Penedas e Indalecio Prieto, ministro que fuera de Hacienda en el gobierno de Niceto Alcalá Zamora. Mi tío José y su hermano Humberto, lo digo con orgullo esta tarde memorable, se forjaron en el ultraísmo y en las armas de las letras con Ramón Gómez de la Serna, Gerardo Diego y Jorge Luis Borges, entre otros, incluido Raúl Carrancá y Trujillo, de fino, finísimo talento literario. Y a esas lides literarias, señorial, austero, apasionado, no era ajeno Mariano Ruiz Funes.

Lo escuché, gracias a mi padre y siendo yo aun muy joven, junto a Luis Jiménez de Asúa, Rafael Altamira y Crevea, Antonio Sacristán Colás, Mariano Jiménez Huerta y una pléyade de eminentes refugiados españoles que huyendo del franquismo hallaron en México, gracias al general Lázaro Cárdenas del Río, acogida generosa. Testimonio de esa epopeya es la placa conmemorativa en una de los muros de entrada a nuestra facultad, y que reza así:

*En homenaje a los maestros españoles que nos trajo, el mar hace
cincuenta años envueltos en su brisa de libertad
UNAM Facultad de Derecho octubre de 1989.*

La fuerza de su elocuencia era embelesadora, se lo llevaba uno con él. Gravita aun en el espacio de mis recuerdos un fantástico discurso suyo en el que increpaba a Franco, creo que lo pronunció en el Ate-neo Español o en la Academia Mexicana de Ciencias Penales. Entre el auditorio estaban mis padres y, si la memoria no me falla, una de las “obras de arte” de Ruiz Funes, su bellísima hija Manola aquí presente. Qué conmoción causó al citar la frase vergonzosa (uno de los lemas ominosos de Franco) con la que ha pasado tristemente a la historia el general José Millán Astray: “Mueran los intelectuales, muera la inteligencia”; frase que contrapuso a la feroz y certera afirmación de Miguel de Unamuno: “Si llegan a triunfar, España, este país desdichado, se va a tornar el país de los imbéciles”. Y concluyó con una metáfora sorprendente, altiva, maravillosa: “¡Mis palabras las estampo en el rostro de Franco con la fuerza de una bofetada!”. Y triunfaron, a la sombra del nazi fascismo y de los intereses oblicuos de los norteamericanos. Hoy España es otra cosa. Hay un rey, un presidente del gobierno, unas cortes. Es una monarquía constitucional que se abre paso en el camino de las grandes naciones de Europa. Lo que pedimos quienes llevamos parte de su sangre en nuestras venas es que no traicione su herencia ancestral. Tal vez Europa no termine en los pirineos, pero España sigue mirando al África, conforme a las sabias palabras de Ángel Ganivet en su *Idearium español*. España, recordando a Antonio Machado: “tiene el alma de nardo del árabe español”.

Cómo evocaba esta España Mariano Ruiz Funes, su España. La hidalguía y el señorío de su palabra, en el sentir y en el pensar, cautivaron mi espíritu hasta el grado de no olvidarlos jamás. Y esa es la

gran enseñanza que recibimos de él: la de la palabra al servicio del pensamiento, de la pasión, de la verdad, de la justicia.

Pero todo lo que recuerdo ahora estuvo preparándose en el matríz de su prodigiosa inteligencia y cultura. Se apasionó, por ejemplo, con la criminalidad y las secreciones internas (endocrinología criminal), esfuerzo que le valió la concesión del famoso premio Lombroso en 1927, otorgado por el Archivo de Antropología Criminal de Italia. Yo lo relaciono por asociación de ideas con Jean Rostand, el gran biólogo y escritor francés, hijo de Edmond Rostand el autor de *Cyrano de Bergerac*, y de la poetisa Rosamonde Gérard, que en un libro precioso intitulado *El hombre y la vida* ha escrito lo siguiente: “es necesario que la sociedad sepa que cuando cree castigar a un hombre no castiga nunca sino a un huevo o a unas circunstancias”; y después: “no somos sino el lugar donde dos herencias se agitan”. Y lo relaciono también con el médico Gregorio Marañón en su magistral *Tiberio, historia de un resentimiento*, donde el formidable escritor del 98 y endocrinólogo afirma que, aparte del código genético heredado, lo que al final de cuentas determina nuestro paso por la vida es el medio ambiente que nos rodea.

Siempre he pensado que el jurista, el criminólogo, y a mi juicio no se puede ser criminólogo sin ser jurista, debe participar en la política; habida cuenta de que hay muchas formas o maneras de hacerlo. Se trata de un compromiso social, por eso él escribió un libro admirable sobre los delitos mal llamados políticos y en concreto acerca del terrorismo, porque especialmente el derecho y la criminología se prestan para ese compromiso social. Fue diputado a las Cortes Constituyentes Republicanas, con Manuel Azaña se le encomendó la cartera de Agricultura y con Francisco Largo Caballero la de Justicia (el propio José Antonio Primo de Rivera lo propuso como ministro de agricultura, lo que obviamente rechazó). También prestó sus servicios a la República en calidad de diplomático.

Y hay algo que a mí me llama poderosamente la atención. En el año de 1950 participó en París en el II Congreso Internacional de Criminología, donde en una excepcional ponencia sostuvo que el fin de la criminología, y yo añadiría que en mucha parte del derecho penal, es comprender el delito, y obviamente al delincuente, para reducir sus efectos nocivos o evitarlos. Comprensión más que disección del ente jurídico llamado delito. Tesis que en la actualidad cobra especial relevancia,

ya que la manía imperante de subdivisiones cargadas de subdivisiones atomiza aquella comprensión volviéndola una entidad deshumanizada, ajena al hombre. Seguramente el siglo XXI se empeñará en escudriñar en la idea generosa y sabia de Ruiz Funes, pues la comprensión del delito es parte de la comprensión de lo humano. “Hombre soy, y nada humano me es ajeno”, afirmó sabiamente Publio Terencio.

El maestro Ruiz Funes muere en México en el año de 1952, hace 55 años, los que yo llevo de ser profesor en esta universidad; universidad donde impartió, hasta su desaparición sólo física, la cátedra de criminología en el doctorado en derecho o división de postgrado. Fue verbo, como ya lo dije, encendido y volcánico. Sobre la lava, otra ardiente de su palabra, se han edificado nuevos y diversos edificios intelectuales, científicos, morales. Valga la reflexión de que nosotros en la universidad estamos asentados en lava ya petrificada, pero que conserva la luminosidad de la antorcha encendida. Eso hemos sido, somos y seremos; ocupando en la actualidad un sitio de privilegio entre las mejores universidades del mundo, y con el honor de ser, desde luego, la mejor en iberoamérica gracias a los esfuerzos del magnífico señor rector Juan Ramón de la Fuente. Y añadido que en los días por los que transita nuestra máxima casa de estudios, para elegir a uno nuevo, la enseñanza y las virtudes de un Mariano Ruiz Funes son guía, estímulo, promesa, de llegar a puerto seguro. Requerimos un capitán humanista, con sentido jurídico de su misión y miembro ilustre de la raza por la que habla el espíritu; particularmente en el México actual, convulso y en gran medida extraviado, que en lo mejor que tiene reclama el apoyo de la conciencia y de la inteligencia universitarias.

Yo recuerdo a san Juan, y me complace citarlo ahora, quien dijo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios... Todas las cosas por él fueron hechas (por el Verbo... En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”.

Marino Ruiz Funes fue depositario, como pocos, de la porción humana que del verbo nos corresponde. Orador incomparable, maestro de excepción, escritor, jurista, criminólogo. No me cabe la menor duda de que participó y participa de Dios, e hizo cosas memorables, grandiosas. Fue la luz de sus discípulos, de quienes lo conocieron y escucharon. Y sigue siendo la luz de quienes lo evocamos y aprendemos de su ejemplo, de su obra, de su vida terrena.